

Presentación

La locución «tecnologías del yo» procede de la traducción de «techniques de soi», que como es sabido era una expresión utilizada en ocasiones por Michel Foucault para referirse a procedimientos –que hoy llamaríamos psicológicos– mediante los cuales las personas se transforman a sí mismas con el fin de alcanzar objetivos morales, religiosos o éticos. Ejemplos de ello son las prácticas ascéticas antiguas o las de la confesión cristiana, que cobraban sentido, respectivamente, dentro de una ética del cuidado de sí mismo y una moral religiosa que exigía de cada creyente una vigilancia regular de su alma. La psicoterapia moderna supuso un desplazamiento de los objetivos religiosos en favor de objetivos como el bienestar, la salud o la felicidad, aparte de recurrir a la autoridad científica en lugar de la filosófica o la religiosa. Y así, desde principios del siglo xx los psicólogos han venido produciendo teorías y aplicaciones que han dado lugar a todo un repertorio de tecnologías del yo suministradas por expertos, dentro de un conjunto amplísimo de técnicas de subjetivación que afectan a prácticamente todos los ámbitos de la vida, desde el sexual hasta el asistencial pasando por el laboral o el educativo.

De hecho, historiográficamente hablando, la preocupación por las tecnologías del yo se ha desarrollado en un contexto más amplio: el del interés por las prácticas de subjetivación (los procedimientos mediante los cuales se generan formas de ser sujeto en cada momento histórico) y la formación de la individualidad moderna (la decantación de las maneras de vivirnos a nosotros mismos desde finales de la época medieval). Al respecto son bien conocidos, por ejemplo, los clásicos trabajos de sociología histórica de Norbert Elias o los del mencionado Foucault.

En el ámbito de la historia de la psicología son enfoques genealógicos como los de Nikolas Rose los que más se han interesado por la relación entre psicología, tecnologías del yo y construcción de la subjetividad. Dentro de la propia psicología ha habido autores, como Ignace Meyerson, sensibles al hecho de que las categorías psicológicas constituyen en sí mismas un producto histórico dependiente de cambios socioculturales. Por lo demás, la concepción de la psicoterapia del siglo xx como una continuación de técnicas de transformación de sí mismo previas no es inédita. Por ejemplo, y aunque no utilice la expresión, aparece en el libro *Care of the Psyche: A History of Psychological Healing*, publicado en 1999 por Stanley W. Jackson en Yale University Press.

En nuestro entorno más inmediato, las reuniones anuales de la Sociedad Española de Historia de la Psicología han acogido algunos trabajos sobre temas como la mnemotecnia, la confesión o el autocontrol emocional. Tomadas en su conjunto,

estas y otras aportaciones muestran que la historia de la psicología no tiene por qué ser solamente una historia de las ideas, los «grandes hombres» o las instituciones, ni tampoco una historia que atienda exclusivamente a las condiciones socioculturales del cambio científico o intelectual, sino que puede incluir las prácticas mediante las cuales se ha ido configurando el propio sujeto moderno del que se ocupa la psicología. Ello ayuda a entender de una manera más completa el proceso histórico de psicologización de nuestra cultura, al cual pertenece la producción de teorías y aplicaciones psicológicas en contextos académicos y profesionales como el que auspicia esta misma revista. Además, este tipo de trabajos acercan la historia a la psicología de un modo peculiar: mostrando que el objeto de estudio de esta última es en sí mismo histórico y las ideas y prácticas psicológicas forman parte de su construcción a lo largo del tiempo.

El objetivo del presente monográfico es difundir una muestra representativa de trabajos recientes en los cuales se cruzan la historia de la psicología –entendida obviamente en sentido amplio– y el análisis de tecnologías del yo o técnicas y procesos de subjetivación. Se incluyen artículos en los que se analizan casos procedentes de diferentes épocas y ámbitos que, sin pertenecer formalmente a la psicología en tanto que disciplina institucionalizada, han mantenido con ella una relación insoslayable a través del proceso de psicologización de la cultura occidental.

El artículo de Florentino Blanco y María Ángeles Cohen intenta que nos hagamos una imagen cabal de en qué pudieron consistir los ejercicios espirituales estoicos y cómo sentaron las bases de una de las vetas más importantes de la constitución de la subjetividad occidental moderna, incluyendo además una interesante reflexión comparativa sobre el sentido que a las tecnologías del yo en su conexión con la filosofía práctica han conferido autores tan cercanos pero tan distantes como Michel Foucault y Pierre Hadot.

Marino Pérez Álvarez nos habla sobre el papel decisivo desempeñado por la técnica de la escritura y la lectura en la constitución de ese mismo sujeto moderno, una de cuyas características, crucial en lo que a la psicología se refiere, es la reflexividad, esto es, el hecho de auto-objetivarse y hacerse cuestión de sí mismo.

Arthur Arruda Leal Ferreira nos propone una audaz interpretación de la formación de la psicología experimental en términos de una suerte de sistematización de tecnologías del yo en un contexto científico que, tal y como el exigido por la introspección de laboratorio, obliga a que cada sujeto se ejercite en ser capaz de decir la verdad acerca de sí mismo en lo relativo a sus sensaciones, pensamientos, emociones, etc. –en un sentido a la vez nuevo y similar a aquel en que, por ejemplo, los monjes medievales se ejercitaban en el autocontrol y en los métodos de volver transparente su alma ante sus superiores o ante Dios–. Ferreira, además, aporta una pequeña innovación en el formato de la comunicación científica que no debería pasar inadvertida: el diálogo –con grandes dosis de ironía– con ese ser invisible que es el revisor. De hecho,

y aunque no en este artículo, uno de los doce revisores que han colaborado en este monográfico pidió expresamente perder el privilegio de la invisibilidad: Jorge Castro.

Luis Martínez Guerrero vuelve sobre los ejercicios espirituales, esta vez los de Ignacio de Loyola, y sugiere una relación directa entre, por un lado, la práctica de la purificación del alma en un contexto religioso que sentó las bases de la espiritualidad católica moderna y, por otro lado, los fundamentos metodológicos del racionalismo a través de la obra de Descartes.

En el artículo de Roberto García Álvarez, Edgar Cabanas y José Carlos Loredó se explora la analogía y se aventuran posibles conexiones genealógicas entre la «cura mental» que el norteamericano Phineas P. Quimby practicaba en el siglo XIX y el origen de la psicoterapia, resaltando las semejanzas y diferencias tanto socioculturales como técnicas entre ambas.

Por último, Mònica Balltandre, en un texto que difícilmente deja frío al lector, muestra las contradicciones del auxilio espiritual (religioso) en una época en la que, a pesar de hallarse la cultura occidental en pleno proceso de psicologización, ciertos «ejercicios espirituales» realizados prácticamente *in articulo mortis* concentraban o reflejaban toda la hipocresía, las contradicciones y la violencia de una guerra civil. El protagonista de este trabajo, además, usaba él mismo uno de los instrumentos típicos de las tecnologías del yo modernas: la escritura autobiográfica, o –más concretamente– el diario.

JOSÉ CARLOS LOREDO NARCIANDI